

a través de los bordes rojos de la parlante herida,
y el cisne del cuello, erguido y dúctil como un junco de marfil,
y los tímidos cervatillos
ocultos bajo la blanca espuma de tus encajes...

Te me morías

entre arreboles de luz misteriosa

mientras llegaba de la calle los trémulos himnos de la vida.

Eras como un torrente de claridad.

despeñándote dentro de mí,

sol sin ocaso

ampo de nieve

espada desnuda

batiendo sobre mi pobre carne dolorida.

Desapareciste primero

en la tercera de tus dimensiones;

después quedó tu cuadrado yerto e inconsútil

y en el póstumo

esfuerzo de tu íntima radiación

fuiste ya ese punto impracticable de la matemática pura.

Más allá

de lo sutil, de lo incorpóreo, de lo etéreo...

Naranja sin piel, ni gajos, ni pipos, ni zumo

y cuando zozobró del todo

irremisiblemente perdido

el lindo bajel de tu cuerpo

¡oh, piélagos de luz maravillosa!

tan sólo sobrevivió en mí

el logaritmo de tu alma.

CARLOS TUS



RECUERDOS

¿POR QUÉ NO?

por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO,
Conde de Canilleros

NO soy capaz de recordar cuando ví por vez primera a la Infanta doña Eulalia de Borbón. Recuerdo muy bien que las últimas veces fueron en Roma, en 1935, y en Madrid, no muchos años antes de su muerte, durante una de las visitas que hizo a la capital de España desde su residencia de Irún. Tan solamente en estos dos últimos encuentros tuve ocasión de sostener con ella charlas reposadas. Mi afición a la Historia me atraía hacia aquella Infanta, nieta de Fernando VII, hija de Isabel II y hermana de Alfonso XII, que era un jirón vivo de historia y a la que se habían querido achacar perfiles casi revolucionarios.

Nacida en Madrid, el 12 de Febrero de 1864, murió en Irún, a las siete y media de la tarde del 8 de Marzo de 1938, abarcando con su existencia un período de noventa y cuatro años, durante el cual se operaron grandes modificaciones en el mundo.

Viajera infatigable, doña Eulalia recorrió todas las cortes de aquella Europa l'ena de tronos y coronas. Estuvo en Alemania con el Kaiser Guillermo, en Rusia con el Zar Nicolás, en Inglaterra con la Reina Victoria, en Roma con seis papas—Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII—, en Austria con el Emperador Francisco José. Tuvo trato con todos los soberanos y príncipes de pequeños y grandes países. El Rey Carlos de Portugal, que era un artista, la pintó en dos retratos. En Baviera, muerto Luis II, el de la locura iluminada y musical, vió al hermano de éste, el Rey Otón, el pobre loco que por las noches se creía perro y aullaba, andando a cuatro pies por las galerías de castillos y palacios. Estuvo, como representante de la familia Real española, en la Exposición de Chicago, visitando también Cuba, Nueva York, Washingtón. En esta ciu-

dad, el presidente Clevelan dió un banquete en su honor, en la Casa Blanca.

Tuvo trato con famosos escritores, tales como D'Anumcio, Paúl Bourget, Monclair, Pierre Lotti; Anatole France...; fué pintada por Lenbach; conoció a Hindenburg, el Conce Zepelín, el Mariscal Jofre, el pretendiente al trono español, don Jaime.

Físicamente, yo sólo puedo recordar a la Infanta ya vieja, perdido el oro de sus cabellos rubios; vivo aún, como único recuerdo de juventud, el azul de sus ojos; viuda de su primo hermano el Infante don Antonio de Orleáns, hijo de los duques de Monpansier y hermano de la reina Mercedes, la cantada en los romances por sus hermosos y tristes amores con Alionso XII.

Mis dos últimas conversiones con ella tuvieron un tono muy semejante. En el Gran Hotel, en Roma, estando en charla con doña Eulalia don Juan de la Cierva y yo, el ex-ministro dijo algo sobre que a la infanta no le gustaría recordar el pasado. Ella contestó con naturalidad:

—¿Por qué no? El pasado es lo único que ya me queda.

Años más tarde, en Madrid, en compañía de la Condesa de Villamonte, yo recordé la conversación de Roma, manifestando mi deseo de que la continuase y el temor de que no le resultara grato hablar otra vez de su vida. Con la mayor complacencia, dijo:

—¿Por qué no? Tú eres un historiador y en mí ves unas páginas de Historia. Pregúntame lo que quieras.

Lo que oí decir a doña Eulalia en esas dos ocasiones, forman mi recuerdo personalísimo de ella, más que por lo que dijo, que en parte era conocido, por el tono alegre, desenvuelto, sencillo, con que hablaba de sus cosas.

Sus conversaciones me reflejaron el espíritu inquieto e independiente que siempre tuvo, su gran sentido del humor, su clara inteligencia, la agudeza de sus juicios. Sobre la política española del reinado de su hermano y de la regencia de su cuñada la Reina doña María Cristina, emitió esta acertada observación:

—Cada uno de ellos tuvo el hombre que necesitaba. El conservadurismo de Cánovas sirvió para frenar las ideas liberales, importadas por Alfonso de Inglaterra, y el espíritu liberal de Sagasta para poner al día la opinión conservadora de Cristina.

Liberal era el pensamiento de doña Eulalia, que por eso estuvo siempre en pugna con su hermana la Intanta Isabel:



NUESTROS ARTISTAS. — «En la barbería» (Portugal) de Adelardo Covarsi

—Isabel—le oí comentar—amaba de corazón a España y creía que sólo era posible servirla con un acatamiento absoluto al rey y a los principios tradicionales. Yo tengo otra manera de ser y la amo y la sirvo incluso desde alguna postura un poco revolucionaria. ¿Por qué no?

Aquella interrogación, que le oí repetir varias veces; sirvió para poner un poco en su lugar mis opiniones. Efectivamente: ¿Por qué no? Esta Infanta había sido juzgada como voluble, ligera, falta de apego a los deberes tradicionales. De cerca, la ví sincera, alegre, leal, sin tapujos ni dobleces. Acaso no hubo nunca cualidades malas, sino éstas buenas, sin la diplomacia y disimulo, indispensables en las cortes. Yo creo hoy que esto fué así: ¿Por qué no?

Otra cosa que supe en mis charlas fué la opinión poco favorable que le mereció la Emperatriz Eugenia:

—Tenía la gracia de las andaluzas—dijo—; pero, aunque amable y simpática, resultaba muy etiquetera, muy poseída de su papel imperial. Se sentía siempre más emperatriz que esposa, madre o amiga. Eso suele pasarle a los que suben a un trono habiendo nacido lejos de él.

Sentía gran veneración su cuñada, la ya aludida reina doña María Cristina, cuya virtud, inteligencia y tacto reconocía sin reservas; pero ello no era obstáculo para que hiciese humorísticos comentarios sobre la rigidez de una Corte en la que todas las damas eran viejas y feas:

—Cuando aún estaba soltero Alfonso XIII—le oí contar—recibió a un príncipe moro, que fué luego presentado a la Reina y sus damas. Aquel príncipe, enfocando las cosas desde su punto de vista mahometano, comentó después que el palacio le había parecido maravilloso; pero que el harén del rey era lamentable, porque en él no había más que mujeres viejas y feas.

El humor era nota acusada en los Borbones españoles, cosa que doña Eulalia recordaba refiriendo numerosas anécdotas de miembros de su familia, entre ellas, la ocurrida a su hermana la Infanta Paz, cuando fué presentada al ya aludido rey Luis II de Baviera. Parece ser que el monarca, muy dado a la etiqueta rígida, encontró defectuosas las reverencias de la española y así se lo hizo saber luego. Doña Paz le contestó:

—Estoy segura de que lo habré hecho malísimamente. Yo no ten-

go costumbre de tratar con más reyes que mi padre, mi madre y mi hermano.

De su tía y suegra, la Infanta Luisa Fernanda, Duquesa de Montpensier, a la que profesó gran cariño, le oí contar a doña Eulalia esta anécdota:

—Mi suegra era devotísima. Cada vez que íbamos al Vaticano llevaba infinitos rosarios y medallas, para que se los bendijese el Papa. En una ocasión, León XIII, que ya sabía la costumbre, al ver que le mostraba una medalla extraída del saquito que llevaba, le dijo sonriente: «Hija mía, dame el saco entero, para bendecirlo todo de una vez».

Ni yo me he propuesto recoger aquí una bibliografía de la Infanta, ni cabe en estas páginas extenderse más. Queda lo consignado como un simple recuerdo de aquella gran andariega, que hizo un alto en el camino durante los últimos veinte años de su vida, para residir sosegadamente en tierra española, primero en Fuenterrabía y luego en Irún. Los restos mortales de doña Eulalia de Borbón y Borbón reposan en el panteón de infantes de El Escorial; su alma — murió cristianísimamente—cabe esperar que Dios la haya recibido en su gloria y que allí siga siendo alegre, sincera y hasta un poco revolucionaria: ¿Por qué no?



Páginas Antológicas

SACRA FAMILIA

Ahuecada en piedra dura,
de un serrijón en las faldas,
a fuer de faldas — por Cristo —,
piedras se ahuecan ufanas,
una cueva es la guarida
para la familia Sacra.

¡Mirad que aposentadores
tuvo la divina cámara!
Siguen, por tapicerías,
y, por cortinajes, zarzas.

La mañana — rosa fría —,
se ha cuajado en las ventanas
de Belén. Gritaba un gallo
dándole el «¡quién vive!» al alba.

¡Salió la Estrella a los medios
con alamares de plata!
Rey Herodes — lejos —, tiene
con estrelleros gran plática.

(Cien madres sueñan que miran
sangre en sus manos, de espada.
Despiertan... Hieren sus pechos,
en sudor las crenchas lacias).

Cielos duros de Judea
y tierras de sal amargas.